

III

Tampoco es posible dejar con sólo dos artículos á *Ipandro*.

Voy á hacerle otro, que regularmente será el último, por aquello de que á las tres va la vencida.

Al concluir de exponer el argumento del idilio III de Teócrito, dice el señor obispo de Linares:

«La primera parte de la Égloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa *pastoral*.»

¿Pastoral?

De modo que si el señor obispo de Linares, entrando algún día en razón, deja de hacer versos y dirige una carta doctrinal á sus diocesanos, diremos que les ha dirigido una *pastoril*.

Lo que es para volver las cosas al revés, no hay como un académico.

En toda la traducción de este idilio mende-
dean los dislates como en las demás.

Verbigracia:

«Y mira no te acerques al carnero
Que de Africa me vino, porque *cuerna*.»

¡Cuerno con el verbo! ¿Con que *cuerna*,
eh?...

No se dice así: se dice *acornea*, y eso tratán-
dose de un animal que acornee realmente; de
un carnero, que no acornea, se dice que *mo-
chea* ó que pega.

Después hay otros muchos versos malos, y
aun peores, como los que siguen:

«Del monte se *crió entre* los helechos...»
«Desnudo *saltaré á la* mar vecina...»

Donde hay que leer *secrióntre* y *saltareála*.
Tiene gracia el comienzo del idilio IV.

Pero una gracia como la que hacían los fa-
mosos hijos de María-Ignacia, de puro feos.

Empieza así, con este conglomerado de ri-
pios:

— «Dime, buen Coridón, *por vida tuya*,
¿De quién son estas vacas? ¿De Filondas?
—No, que el dueño es Egón, y de orden *suya*
Las apaciento.— *La verdad no escondas*;
¿Secretamente á todas las ordeñas
De la alta noche en las tinieblas *hondas*?
—A fe que no, *si en preguntar te empeñas*.»

¡Ah! Y si no se empeña en preguntar, ¿las
ordeña?...

Por *vida tuya*... la verdad *no escondas*, *si en
preguntar te empeñas*... Todo ripios.

Más adelante dice también un pastor á otro:

«A mí también llamábame mi *madre*
Más robusto que Polux. Son consejas
Que al vulgo no creeré *por más que ladre*.»

¡Claro! Para aconsonantar con madre... ha-
cer que el vulgo *ladre*...

Más ladran algunos *poetas académicos*...
algo más.

Después dice:

«... al irse á Pisa
Me regaló su músico instrumento,
Y sé pulsarlo, *de cantor á guisa*.»

¡De cantor á guisa!...

Vaya otro verso:

«Y él de la selva *lo traía riendo*...»

Y otro:

«Tuviera mi bastón de *sólida* haya.»

¡*Solidaya!*

Y otro:

«Que por correr tras ella el pie me he herido.»

¡El pie *merido!*

Y otro:

«Un cerdo *desafió á Minerva el canto.*»

Todos estos renglones y otros así, cree sin duda el señor Montes de Oca que son versos endecasílabos, pues los da como tales.

Pero se equivoca evidentemente.

También dice:

«A su cabrero arroja mil manzanas
En el monte la hermosa Clearista,
Y partiendo veloz, *silba con ganas...*»

¿Con ganas, eh? Pues cualquiera de los lectores las tiene de silbarle á usted, y crea usted que si no lo hacen, es por el sagrado carácter que usted ostenta.

Cuando dice usted, verbigracia, que

«Oliendo á queso le abrigaba el pecho,»

si no fuera usted obispo, ¡buena se armaría!
O cuando dice que la calandria

«Lejos *chillaba allá* entre las espinas...»

¡Lejos *chillaballántre!*...

En el idilio VIII dice Menalca á

«Dafnis custodio de la grey mugiente»

que no quiere apostar un cordero, y se lo dice así:

«... ¡Oh, no! Mi suerte
Un corderillo de apostar me guarde
Que *duro* padre, *advierte*,
Y madre, tengo, *de carácter fuerte*,
Y las ovejas cuentan cada tarde.»

¡Qué duro padre, advierte, y madre, tengo!...
Es imposible decir peor, ni más prosáica ni más oscuramente las cosas...

«¡Qué duro padre, advierte, y madre, tengo!...»

Eso no es castellano; será académico á lo sumo.

«Pues algo *en poner piensa.*»

replica el otro pastor, y, en efecto, apostaron, y llamaron para juez á un cabrero.

«Le hablaron los donceles y *al llamado*
El cabrero acudió *de ser contento*
Juez en la dulce lid. Suertes tirando
Ser primero tocó á Menalca *blando...*»

Pero, señor Carulla, digo, señor Montes de Oca, que le había confundido á usted con Carulla, por la semejanza de los versos... ¿le parece á usted que gastar el tiempo en desacreditar de esa manera el habla castellana, no le ha de costar á usted por lo menos muchísimos años de purgatorio?

¡Acudió de ser contento juez!...

Pues ¿y esto?

«¡Oh, de las cabras candidas *marido!*...»

¡Señor obispo de Linares!

¿Le parece á usted que es decente, ni medio decente, llamar al macho cabrío *marido de las cabras?*

Pues no señor, no. Eso es una porquería muy grande y una irreverencia contra la liturgia católica, que consagra la palabra *marido* para designar al hombre casado.

¿Cree usted que el marido no tiene más digna misión que el macho cabrío?

¡Pobre humanidad! ¡Cómo la honran y la glorifican estos malos poetas!...

¡Oh, de las cabras candidas *marido!*...

¡Y es un obispo el que esto dice!...

Verdad es que lo dice para empezar una estrofa llena de disparates...

«Oh, de las cabras candidas *marido!*

¡Oh selva colosal!

¡Romas cabritos! Filis ha venido,
Llegad al manantial.

¡Carnero *descornado!* Di á mi ninfa
Que aunque *divino ser*

Tiene Proteo, en la marina linfa

Las focas va á *pacer!*...»

También algunos poetas creo yo que han de dar en *pacer*, si no focas, hierbas, por entregarse á todas las extravagancias.

Y continúa en el idilio IX.

«Une á halcón con halcón amor ardiente...»

Halcón con halcón, con... con... con...

«Une á halcón con halcón *amor ardiente*,
La hormiga laboriosa *ama* á la hormiga
Y la cigarra á la cigarra *abrasa!*...»

Y siempre con el mismo tema... Siempre cantando el amor de los brutos... Que si es marido de las cabras el macho... que si la cigarra *abrasa* á la cigarra...

Todo como para decir á los hombres: esa es la vida, lo demás es cuento.

¡Excelente tarea para un obispo!

Nec nominetur in vobis, decía el apóstol San Pablo á los fieles de Éfeso; *Fornicatio... et omnis immunditia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos* (1).

Y el señor Montes de Oca, sucesor de los apóstoles, proporciona á los fieles de Méjico y á los de todo el mundo, lecturas que les recuerden y les hagan amables esas mismas inmundicias de que San Pablo no quería ni que se hablara entre ellos.

Y es de advertir, que además de *cantar* las delicias sensuales en la traducción de los idilios, les pone notas, intercalando en ellas á

(1) Ephe., V, 3.

menudo árboles genealógicos, para enterar á sus fieles minuciosamente de los criminales enlaces de los dioses y de los héroes mitológicos...

¡Y todo por la maldita vanidad de publicar versos, tan rematadamente malos como éstos con que empieza el idilio X!

«¡Vigoroso arador! ¿Qué te sucede?
Que ni un *sulco* derecho ¡*infortunado!*
Como antes, abrir hoy tu mano puede?
No siegas bien de tu vecino *al lado*,
Sino que, cual la grey sigue tardía
Oveja, á quien las zarzas han punzado
La planta, atrás te quedas. Todavía
Ni aun una calle entre la mies abriste:
¿Qué á la tarde será? ¿Qué al medio día...?»

No sé *qué á la tarde será*, ni *qué al medio día*; pero regularmente será que continuará usted ensartando ¡*infortunado!* como antes, versos de esos en que no hay ni asomos de oído, ni aun una pizca de buen gusto.

Crea usted, por Dios, señor Montes de Oca, que todo eso es malísimo, y crea usted que quien le diga que eso es bueno, ó que es pasadero siquiera, no sabe lo que dice ó le engaña á usted miserablemente.

Crea usted, que no sólo no es usted poeta, sino que ni siquiera sabe usted hacer versos.

Más adelante, en el mismo idilio X, dice:

«¿Conmigo armoniosas
Cantad á mi doncella *descarnada?*»

¡Le parece á usted!
¿Qué querrá este buen señor decir con eso de doncella *descarnada?*

«...no consigo
Murmure el pasajero:
¡Eh! no valéis un higo...!»

Precisamente.
Eso murmura el pasajero *consigo* como usted dice: eso murmura el lector de los versos de usted.

Porque en realidad no valen un higo.
Ni una higa.

«Los que trilláis el grano...»

No, señor: el grano no se trilla; se trilla la paja.

Para que suelte el grano y quede en disposición de que la coman «los borricos y otros animales,» como dice la Academia.

«¡Avaro despensero!
Mejor será *que guises de contino*
Lentejas al brasero.
No te hieras *sin tino*
La mano cuando partas el comino...»

¡Mejor fuera que el señor obispo *guisara de contino* (como él dice con frase infeliz) pastorales cristianas ó exhortaciones á sus fieles, y no hiciera á los pastores *guisar lentejas al brasero*, como si le tuvieran!...

Mejor sería que se ocupara de *contino* en el gobierno de su diócesis y no en hacer versos *sintino*, aunque no sin ripios...

En el idilio undécimo dice de un pastor:

«Nada cuidaba ya: del monte al hato
La grey tornaba sin pastor ni guía;
A su bella *cantando el insensato...*»

Esto parece una alusión profética de Teócrito á su ilustrísimo traductor, que «*cantando el insensato*» á Corina ó al papagayo de Corina, no cuida de la grey, que «*sin pastor ni guía*» va del monte al hato, ó sabe Dios por dónde...

«Nada cuidaba ya: del monte al hato
La grey tornaba sin pastor ni guía;
A su bella *cantando el insensato...*
Desde el alba en la playa *se escocía.*»

Se escocía...

¡Así, ni más ni menos!

Y más adelante:

«Cual uva que *inmatura verdeguea.*»

Dos disparates juntos; porque ni *inmatura* es castellano, sino latín, ni se dice *verdeguea*, sino *verdiguea*, por más que en el Diccionario ponga la Academia *verdeguear*, porque no sabe que la segunda *e* se cambia en *i* por eufonía.

Y porque nunca suele saber lo que se pesca. Como tampoco usted cuando escribe:

«Huye al mirar *el espumante lobo.*»

¿Me quiere usted decir por qué llama usted al lobo *espumante*?

Y después:

«¡Oh, Galatea, sal!»

Esto se parece á lo que cantan los rapaces para hacer chiflas de salguera, en Mayo, cuando los árboles sudan.

«Sal, Mariquita, sal
Si quieres bailar
Con un chiquito rojo
De mi lugar.»

Pero no se parece más que en el principio, porque después lo del señor obispo no se entiende:

«¡Oh Galatea, sal! y una vez fuera
Tornar olvida á tu *espumosa casa*
Como, sentado aquí, *á mi mismo pasí.*»

¿Qué t, á, l, tal?

El lobo, *espumante*; la casa, *espumosa*... Y luego este verso:

«Como, sentado aquí, á mí mismo *pasa*.»

¿Se podría hacer peor?

«... Dulce fuente
Halla *inmediatamente*
Al fin de una llanura,
Que brota cristalina cabe un antro...»

¿Una llanura brota cristalina?

Ya sé yo que el señor obispo quiere que brote la fuente; pero la sintaxis se opone á su querer con resolución invencible.

Idilio XIV.

Diálogo curiosísimo:

—«¿Un siglo? ¿Pues qué te pasa?...
—¡Ay Tiónico querido!
Des que te ví han sucedido
Grandes cosas en mi casa.
—¡Bah! Por qué tienes compredo
El rostro tan demacrado,
El cabello enmarañado
Y un bigotazo tremendo...»

¿De modo que cuando pasan *grandes cosas*
en casa de uno se le hace *grande* el bigote?...
Es un descubrimiento...

Pero allá va otro:

«Y descubrí *sin premura*
Que causaban sus dolores
Desesperados amores
Con la *harina y levadura*.»

Amores con la *harina y levadura* y descubiertos *sin premura*... ¡Cualquiera lo entiende!...

Lo que es, si el señor obispo no hubiera tenido la amabilidad de aclararlo en una nota, ustedes y yo nos quedábamos en ayunas.

Gracias á la susodicha amabilidad del señor obispo, sé yo y puedo contar á ustedes que eso de los *amores desesperados con la harina y levadura descubiertos sin premura*, quiere decir que el sujeto tenía hambre.

Vamos, que estaba enamorado del pan, como cualquier liberal de nuestros tiempos.

¡Miren ustedes que para decir que uno tiene hambre, decir que *tiene amores con la harina y levadura*!...

¡Y á esto lo llaman el señor obispo de Linares y nuestro Marcelino *belleza griega*!...

Sigue el diálogo:

—«Te burlas de mí, *buen hombre*,
Mas no hay lugar para *trisca*...»

¿Para qué?... ¡Ah! vamos. Había que preparar un consonante á *Cinisca*, y...

«Te burlas de mí, *buen hombre*,
Mas no hay lugar para trisca,
Que mi única hija Cinisca
Ha mancillado mi nombre.
¡Ay! para perder el juicio
Ya sólo me falta un pelo...»

No. Yo creo que no le falta á usted nada, ni un pelo siquiera.

«Y dulce licor *biblino*
Que salido del lagar
Creyeras, aunque á *ajustar*
Iba cuatro años el vino.»

Esto tampoco lo entiende ningún lector, si no se le advierte que *ajustar* está puesto en lugar de *cumplir*, porque *cumplir* no concertaba con *lagar*.

También tiene gracia la nota que pone el traductor al nombre del vino.

¿Era este licor—dice—importado de la ciudad de Biblo en Tracia, ó bien el vino dulce hecho en Sicilia, que se llamaba Polio ó Biblino? Adopte el lector la opinión que más le pluguiere.»

O ninguna. A mí lo que más me place es no adoptar ninguna de las opiniones de usted; mas para eso no era menester que usted se hubiera molestado.

En fin, el caso es que la chica

«Se puso más roja que *ostro*
Y encendida de manera
Que una pajuela pudiera
Prenderse sobre su *rostro*.»

¡Claro! ¿Había que concertar con *rostro*?... Pues más roja que *ostro*, y el que no lo quiera así, que se fastidie...

Y continúa:

«Entonces (tú me conoces)...»

Sí: ya le voy conociendo á usted.

«Entonces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada
Y otra y otra...»

¡Qué valiente!...—dirán los lectores.—Pero no tienen razón para decirlo, y se volverán atrás de lo dicho cuando sepan que esas bofetadas se han dado á una mujer, á Cinisca, y que si el señor obispo ha dicho *le asesté*, ha sido para darnos la castaña, y por cumplir un precepto necio de la Academia.

Y eso que no está claro del todo si las bofetadas fueron *asestadas* á Cinisca ó á un cantor llamado *Lariseo*; mas por el contexto parece que la beneficiada fué Cinisca.

«Entonces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada
Y otra y otra, á la cuitada
En tanto diciendo á *voces*.

Pues que *te amarga la sopa*
Que padre y madre te dan,
¡lufame! de tu galán
Vete á beber en la copa.

Y vierte en hogar extraño
Esas lágrimas insanas
Semejantes á manzanas
En el peso y el tamaño.»

¡Hombre! Me parece que exagera usted un poco, señor obispo...

¡Lágrimas *insanas, semejantes á manzanas!*...
Y no contento con esto, remacha el clavo todavía diciendo: *en el peso y el tamaño.*

¡Señor obispo, señor obispo!

Eso me recuerda aquello de Mariano Catalina, otro académico, en una comedia estrepitosamente silbada.

Hablaba de los harenos, y decía:

«Jaulas al placer *abiertas*
Y al amor libre de enojos,
Donde hay moras *con los ojos*
Tan grandes como las puertas...»

Algo menos serán,—dijo el público entre señoras careajadas.

Y también

«Esas lágrimas *insanas*
Semejantes á manzanas
En el peso y el tamaño»

serían un poco menos.

Ahora verán ustedes lo que, después de recibir las bofetadas, hizo la chica:

«Y como la golondrina
Emprende *súbita* el vuelo
Y alimento á *su polluelo*
Busca en región *peregrina...*»

La comparación no puede ser menos adecuada, porque Cinisca no va á buscar el alimento para sus hijos, que no tiene, sino la satisfacción de sus pasiones.

«Así del blando sillón
Ella levantóse *rauda*,
Recogiéndose *la cauda*
De la *túnica y mantón.*»

Eso es inverosímil, señor obispo.

Una muchacha á quien su padre acaba de dar para peras, y que decidida á tomar las de Villadiego, se levanta *rauda*, no se entretiene en recoger *la cauda*, como usted dice, sea del mantón, sea de la túnica.

Que en esto de la indumentaria no anda usted tampoco muy fuerte, según se deduce de esta nota que pone usted al idilio XV:

«Discuten mucho los críticos sobre si Praxinoe fué á la fiesta con *sombrero* ó con la cabeza descubierta (¡vaya una cuestión interesante!) y resguardada sólo por el *quitasol*, pues ambos *significa* (¡vaya una sintaxis!) la

palabra *θελίζ*, y ambas usaban los griegos. Yo me inclino á lo primero (ó á lo segundo, como usted quiera)... Viene luego el vestido sin mangas sujetado por un hermoso broche, llamado primero (no crean ustedes que es el broche, es el vestido) *περονητρικς*, y más abajo *εμπερονήμα*, y que yo traduje una vez *mantón* y otra *jubón*, *deseoso de acertar una siquiera...*

La pretensión ciertamente no era exagerada.

Pero mire usted, señor Montes de Oca, es posible que ni eso haya usted conseguido; porque se dan casos.

Una vez un moscajón asturiano, de Margolles, que trabajaba de aprendiz de cantero en Pedrosa, fué de ojeador á una cacería.

Después de andar un rato por el monte vió correr un bicho, para él desconocido, y empezó á vocear al cazador que estaba en el collado más cercano:

—¡*Xuaquiiin!* ¡*Xuaquiiin!* ¡Arriba va una llebre!...

No estando muy seguro de que fuera liebre, y no queriendo engañar al cazador, añadió en seguida:

—¡O un *llobu!*... *Yo ñon sé si é llebre, si é llobu!*...

¿Y creará usted que era alguna de las dos cosas?

Pues no, señor.

El pobre moscajo, advertido por un pastor

que estaba allí cerca, tuvo que vocear otra vez todavía diciendo:

—¡El rapazón del *vaqueru* dice que *é corzu!*...

Lo mismo le puede pasar á usted con esa prenda griega.

Ha dicho usted primero que era un *mantón*. Después ha dicho usted que era un *jubón*, añadiendo que no sabía usted si era liebre ó lobo, es decir, *mantón* ó *jubón*, que allá vienen á ser de parecidos como el lobo y la liebre. Y todavía no está usted exento de tener que rectificar, diciendo que era una *basquiña*.

Siga usted:

«Y pasaron veinte días,
Y luego *ocho* y *diez* y *nueve*.»

¡Hombre! Primero pasarían los nueve que los diez, me figuro.

Verdad es que comienza usted diciendo que pasaron veinte; pero este plazo de los veinte sería otro plazo.

O confundiría usted al traducir el *veinte* con el *siete*.

Mas puesto ya en el segundo plazo, si es que es segundo, lo natural es que primero pasaran *ocho* días y después *nueve* y después *diez*, y no *ocho* y después *diez* y después *nueve*.

Porque esto se parece á lo que hizo un Ministro de Fomento de acá de España (no sé si fué Pidal), que se metió á rebautizar el ferro-

carril del *Noroeste* y le puso ferrocarril de *Asturias, Galicia y León*; como si por ese ferrocarril se fuese desde Madrid primero á Asturias, después á Galicia y después á León, que está antes que Asturias y que Galicia.

Y no vale decir que, en el caso de usted, se trate de tres plazos distintos, de ocho, de diez y de nueve días; no. Se trata de un solo plazo de once días, como se ve más adelante:

«Y pasaron veinte días,
Y luego ocho, diez y nueve,
Y once con hoy...»

Expliquemos el misterio de que diez días pasen en la cuenta del señor obispo primero que nueve.

«Y pasaron veinte (?) días,
Y luego ocho y diez y nueve,
Y once con hoy, y la aleve...»

¡Ahí está!

Teniendo que preparar consonante á la *aleve*, ¿qué remedio había más que dejar el *nueve* para después del *diez* y rematar con él el segundo verso?

«Y once con hoy, y la aleve
Aún está en sus correrías.»

¡Y para esto tuvo usted que alterar el orden de los números!

La traducción del idilio XV, *Las siracusanas*, también tiene golpes muy buenos.

Dice una á otra:

«Larga es la calle y vives muy abajo.»

Y contesta la otra á la una:

«¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas...»

Hombre, no. Será á estas bajuras.
Una siracusana llama á su criada y la dice:

«Trae la jarra y el lebrillo;
Llévalo á la mitad...»

¡Diantre! ¿Llenarle á la mitad?

Esto se parece á lo del general suizo... un general que andaba de mirón en el Norte, en la última guerra civil, y temiendo que su yegua coceara á un oficial que iba á darle un recado, le decía:

— Acérquese usted un poquito más *lecos*, que este caballo es yegua y tira *colpes de pie*...

Acérquese usted un poquito más *lejos*... Llévalo á la mitad...

Viene á ser lo mismo.

«Llévalo á la mitad... ¡Oh cuán molesta!...
Déjalo ahí otra vez... *El lecho blando*
Agrada hasta á las gatas... Ea, apresta...»

¿Que qué tienen que hacer aquí las gatas?
No lo sé.

Ni el señor obispo tampoco.

Y eso que pone ahí una nota; pero no dice en ella sino que esa *cuestión* ha dado mucho que hacer á los intérpretes...

¡La verdad es que la cosa merece que los intérpretes se calienten los cascos!...

Otra nota curiosa pone el señor obispo á otro pasaje oscuro.

«Expresarlo—dice—palabra por palabra no podía, á no ser que me resignara á no ser entendido.»

¡Ah! ¿No estaba usted ya resignado? Pues ¡á buen tiempo! ¡Si eso de no ser usted entendido es el pan de usted de cada día!

O el pan de sus lectores.

¡Si no se le entiende á usted casi nunca!

Van las siracusanas por la calle sufriendo empujones de la muchedumbre y expuestas á que las atropelle un caballo, y dice una:

«¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,
Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto
De haber dejado al niño en mi *retrete*...»

¡Pobre criatura!

POSDATA. No quiero pasar á otro asunto sin hacer algunas súplicas al señor Montes de Oca, que, según acabo de saber, ya no es obispo de Linares, sino de San Luis de Potosí,

diócesis que merece toda mi compasión desde ahora.

Lo primero que le suplico es que no diga: «*todo saben las viejas*», ni «*todo visita minuciosamente Augias*», ni «*sé todo, y diré todo con franqueza*»; porque, con franqueza sea dicho, eso de *saber todo, visitar todo y decir todo*, es un galicismo muy feo.

Lo segundo es que no vuelva á llamar á Júpiter *Padre Santo*, porque no se llama así más que al de Roma.

Item le suplico que no llame á Minerva *la diosa del ojo azul*, no vaya á creerse por ahí que no tiene esa diosa más que un ojo; pero lo mejor es que no la llame ni así ni de ninguna otra manera.

Item más le suplico que no hable de la rueca, porque no sabe lo que es, y evidentemente le confunde con el huso cuando dice:

«Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero.»

Y por último le suplico, pero muy encarecidamente, que queme todos los versos que ha escrito hasta ahora y no vuelva á escribir más en su vida.

Sí, señor obispo del Potosí: por el amor de Dios, eche usted á la lumbre el libro de los *Bucólicos griegos* y el otro de los *Ocios*, bien persuadido de que, sin perder nada en ello la

literatura, ganará mucho la Religión, y no lo desmerecerá su propia conciencia.

Comprendo que le sea á usted doloroso; pero Dios bien merece ese sacrificio.

Y si Abraham tuvo el brazo levantado para sacrificar á Isaac, que era un hijo tan bueno y digno de ser amado, ¿por qué no ha de tener usted el mismo valor tratándose de unos hijos tan feos y tan ruines?

Ea, señor obispo, un poco de ánimo, y... á la lumbre con todos esos papeles.

Bien sabe usted que de los que se hacen violencia es el reino de los cielos.

Violenti rapiunt illud (1).

(1) Math., XI, 12.

IV

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Así pregona todos estos días en la acera del Ministerio de la Gobernación un galapán que todavía, según van las cosas, si le ayuda un poco la suerte, podrá llegar á ser el jefe de aquella gran casa, ó cuando menos á entrar en ella como en la suya y á pasearse en coche con cifra y corona de marqués por la curva grande del Retiro.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Hay que convenir en que la mercancía no es cara.

Porque realmente el vendedor, mediante el pago de los diez céntimos, da un chisme que por un extremo es un mondadientes *para la dentadura*, como él tiene cuidado de advertir; por el otro una cucharilla para limpiar la